

mtu 803.10

4007-6

TRIBUTO DE MAYO

A LA

VIRGEN DE LA UNIVERSIDAD.



1916.

Imp. por Manuel J. Vintimilla.

De la descripción que de nuestro patio universitario hace, fuera del terruño, un distinguido literato conterraneo:

“El patio es un pequeño jardín donde se abren las flores a la sombra de copudos árboles. La luz se tamiza, discreta, por hojas y pétalos, flota un vago perfume casi místico, y apenas turba el silencio el rumor de pasos y la resonancia de voces de graves muchachos que en las amplias galerías aprenden la lección... ¿Es, pues, un colegio o una Academia platónica, o bien la mansión de un poeta? Pero, falta alguna decoración... ¿Dónde la obra de arte? La obra de arte está allí, en el centro del jardín, rodeada de árboles y flores: bajo un templete... sobre alto pedestal se yergue una estatua de la Virgen, con esta inscripción *Sedes Sapientiae*, asiento de la sabiduría; es el *palladium* del Colegio, el símbolo, a la vez que el lema”.

Nostalgia respira el pasaje, y consueña con la que tenemos los que hemos dejado de ser alumnos de estos claustros universitarios.

Volvemos la vista y, contemplamos ocupando nuestros antiguos puestos por quie-

nes no enferman aún de nostalgia, bendecimos esa su edad en que cada Mayo la enflorace con la piadosa ofrenda de lo único que atesoran,—sentimiento consagrado a MARÍA en la humildad de los primeros ensayos literarios.

La crítica adusta, la que no sabe perdonar a los niños, se burla de ellos: el hogar cristiano recibe siempre benigno las flores de semillas que volaron de él a los jardines universitarios.

Traducíamos a Virgilio hace años. "El monte Ménalo resuena con el concierto de árboles y vientos—Entona zampoña mía, cantos dignos del Ménalo"—plegaria ésta repetida y vuelta a repetir por Damón hasta que, para arrojarse a las olas, se despide del canto:" Adios, zampoña mía, calla las armonías del Ménalo. *Desine Mænaliis, iam desine, tibia, versus.* (Egloga VIII)

Si la tarde de la vida no es ya para alegría del canto, quedará a lo menos la contemplación del sol que muere tras el Ménalo y el sentir las brisas de sus florestas. Dulce nostalgia ¡Nostalgia amarga la de quienes, huídos de ellas, ni sienten, ni creen, ni aman, ni esperan como en los días en que la zampoña preludiaba en el sagrado Ménalo!

UN ANTIGUO UNIVERSITARIO.

TODOS LOS AÑOS.

Aquí de nuevo a las plantas de la Virgen de la Universidad, siempre suplicante; porque siempre supe que se enternecía el corazón materno, ante las lágrimas del amor filial.

Ante Ella levanto mi faz y en sus dulces ojos traduzco el intenso anhelo de bendecirme; pero son tantas las gracias que quisiera pedirle, que incapaz de hablar, siento que lágrimas me traicionan; y sigo mirándola, y al fijarme de nuevo en sus encantadores ojos, me acuerdo de los de mi madre que parecen sus reflejos y al encontrarse con los míos, hácenme sentir dentro del alma, indecibles emociones.

Cuando veo las flores que, dichosas, revientan a sus plantas, me tiento a arrancar un *pensamiento*, y medito luego que es mejor dejarlo allí para que al desvanecerse y morir como mío, ruegue por aquello que más vivamente hace palpar mi corazón.

Algo embarga mi garganta y no puedo re-

zar, mejor es contemplarla: son pálidas sus mejillas y en su rostro, divino, se retrata la ternura; oprime contra su pecho al Niño Dios y está de pie y con los labios entreabiertos como para hablar; parece que quisiera decirle a su Divino Hijo: "Salva de nuevo el mundo, que ya se destruye, agitado en convulsiones de odio y venganza"; parece que le insta, talvez le manda que vigorice la fe de sus estudiantes y acrisole en la virtud el corazón de los que la honran.

La sombra tembladora, proyectada por los árboles que la rodean meciendo sus ramas, le dan movimiento imaginario y parece que viviera. Las estrellas que brillan en su cauda me atraen la atención, y los rayos solares que se escurren por las ramas, aclarando el fondo azul de esas estrellas, convierten el manto de la Virgen en un cielo del color del nuestro: en un cielo cuencano.

El vientecillo fresco, que trae débiles oleadas de perfume de violeta, da un aire de paz y de calma, que llena la mansión donde preside la Reina de la Sabiduría.

En mitad del jardín de la Universidad Azuaya la Virgen está sonriente; allí todos los años recibe ramilletes de flores de Mayo, allí tiene un trono de cien corazones que saben amarla.

A sus pies en grandes letras está escrito "Sedes Sapientiaë", es la plegaria que vibra ferviente en los labios universitarios al comenzar la fatiga del estudio diario. Quiera Dios que no desmaye esa plegaria porque, indudablemente, es onda de fe que se levanta hasta el cielo y al besar las plantas de María se deshace en lluvia de luminosa inspiración.

Inculto musgo reviste su peana, y en sus peldaños búcaros de geranios se desbordan en torno; y las flores y las hierbas y los árboles se inclinan reverentes al beso de la brisa.

Allí estoy de rodillas, y ¿qué le pido a la Reina de la Universidad? ¿Que salve mi Patria que en luchas fratricidas se aniquila? ¿Que las benditas canas de mi madre brillen siempre en aquellas sienes, como en la copa de los árboles que dan sombra la nieve del invierno? ¿Le pediré que la nave de mi vida surque, a próspero viento, en el brumoso, desconocido mar de la vida y que a mi mente bañen claridades del sol? Mas no: calle mi lengua, y hable, ante los pies de la Virgen, mi corazón hecho pedazos....

MANUEL ANTONIO CORRAL J.



ANFORA DE AMOR

A LA DOLIENTE MADRE DEL GOLGOTA SOMBRIO.

*Dieu, caché dans la nuit de cet être souffrant,
Brille et fait resplendir son sourcil transparent,
L' albâtre laisse voir sa lumière immortelle,
Son œil luit. . .
Qu' importe que la foule ignore ou méconnaisse!*

VICTOR HUGO.

En las luchas rendido de la vida
y midiendo el dolor de mi derrota,
como cóndor que entreabre el ala herida
y tiende el vuelo a la región ignota,

sentí el ansia indecible del suicida:
—rasgando el pecho con mi pluma rota,
dejar quise, cual cándida gaviota,
a mi musa en la cítara dormida!

Y al ver mis sueños transformarse en nada,
de la proterva negación atea
brotó en mis labios el horrendo grito!

Mas, volviendo hacia lo alto la mirada,
—fulgente luz que en la razón clarea,—
vi tu nombre grabado en lo infinito!

(Escrito a los recuerdos de
prístinos dolores, con vuestra luz
muriente, crepúsculos de Mayo.)

César Dávila Córdoba.

RECUERDOS

A LA VIRGEN DE MAYO.

Transcurrieron los años de mi infancia
alegres bulliciosos,
fue la ventura flor cuya fragancia
mi alma inebrió de efluvios deliciosos.

Era mi vida llena de ilusiones,
ellas, según los años,
son para el niño plácidas visiones,
y para el hombre crueles desengaños.

Idas ya mis primeras esperanzas,
mis días halagüeños,
torno a vivir de gratas memoranzas
formando de recuerdos mis ensueños.

Y, al desgarrarse del olvido el velo,
cual floración de estrellas,
brillan en el lejano azul del cielo
mundos de luz, escenas las más bellas.

Hoy dejo en esta página querida,
reliquias del pasado,

los mejores recuerdos de mi vida
que el transcurso del tiempo no ha borrado.

Cuando eran mis cuidados mis delirios
de Mayo en cada día,
del campo reunir rosas y lirios
y embellecer tu altar, Virgen María.

En testimonio de filial cariño
de amor apasionado,
como ama sólo el corazón de un niño
de fé y de esperanza entusiasmado.

Cuando eran mis sencillas oraciones
desbordes de mi anhelo,
reclamos en fervientes peticiones
de compasión y de piedad al cielo.

Y el raudal de consuelo inagotable
en Ti encontraba mi alma,
en horas en que huía inexorable,
del pobre corazón, la ansiada calma.

Que era ardiente la fé que en mi sentía
y plena la confianza,
ni una lejana nube oscurecía
el brillante fulgor de la esperanza.

Alberto Astudillo M.

AL PARTIR

Antes que torne tras la montaña
de Mayo hermoso postrera luz,
traigo a tus plantas, dulce María,
la primer nota de mi laúd.

Cómo han volado los años míos
desde que niño besé tus pies;
los años míos cómo han volado,
desde que flores puse en tu sien.

Con qué ternura de madre buena
dulces miradas fijaste en mí,
cuanto gozaba yo en tus miradas,
cual en las flores el colibrí.

Y si han pasado de amor repletos
los áureos días de juventud,
de esos recuerdos sólo he guardado
el más hermoso, María, Tú!

Y a la hora triste de despedida
cuando no tornes a mi cenit,
sígueme Madre, paso tras paso,
que es hora triste la de partir.

En el sendero por la agria ruta
de incertidumbres que viendo estoy,

en cada orilla, y en cada risco,
mi amparo sea tu bendición.

Son mis plegarias como de un niño
en cuyas manos el alma está,
¿y quién no es niño junto a su madre,
ni otro lenguaje quién ha de usar?

Vida futura llena de sombras
de mis senderos hasta el confín,
como te agrandas, cual un fantasma
que mi ventura va a perseguir.

Para las horas de mis tinieblas,
como el arco iris en tempestad,
lucirá, Madre, de tus miradas
el lampo hermoso de tu piedad.

Nadie ha podido mi desventura
seguir de cerca como tu amor,
él de mis ojos copioso llanto
con mano amiga siempre enjugó.

Hoy como nunca de mi esperanza
luce, María, la bella luz:
conmigo vayas, y cuando muera
estés, oh! Madre, junto a mi cruz.

L. M. Hermida V.



CONFIDENCIA.

Madre mía: no te vengo a cantar; para ello sería preciso que supiera hacerlo, y, cómo he de saberlo, si para que brille el sol es necesario que no le envuelvan nubes y para que se alegre el corazón y cante, que no le opriman penas.

Ha sido y es para mí un enigma la felicidad y, en consecuencia, el canto; mas no así el dolor y la desgracia, que de él y de ella se ha saturado mi alma. Nací, y en mi niñez aún, hube de perder la benefactora sombra de mi amado padre; entonces, un sér como Tú - mi madre - confiando sólo en las fuerzas que son el producto de un amor puro y sincero, prometióme la felicidad a trueque de todo sacrificio, y, como fervorosa creyente, te rogó lo recordarás, cuando llevándome a tus plantas, de rodillas te pidió que me adoptaras y le dieras el pan para mis hambres.

¡Cuánto desde entonces debo agradecer yo!...
Y que ingrato he sido, permaneciendo muchas

veces impasible a tu reclamo y contemplando quizá con fría indolencia el balanceo de mi creencia en tí. Hoy que el fatal filosofismo riega en el mundo las fascinadoras ondas de mentida ciencia, no dejes que en la barquilla de mi mente zozobre la verdadera y santa, la confortadora Religión de mis mayores.

De las tranquilas horas de mi infancia no me queda al presente sino un confuso grupo de recuerdos. El primer destello de la luz de mi razón me dió a conocer que debía luchar por la existencia, y desde entonces mis juegos infantiles se redujeron a tareas; tareas que si, por una parte, habían de producir el pan para mi vida, por otra, debían abrirme el sendero por el que hoy he venido a ser el prioste de tu fiesta.

Sin duda tu protección —conseguida mediante las fervientes plegarias de mi madre— hizo que coronara un día la mitad de mi carrera. ¡Fuí bachiller! y qué gozo el mío, porque un título me permitía vivir algunos años en el palacio tuyo, oh Reina de la Universidad, Fuente de Sabiduría!

A Tí, pues, que, como Madre de mi Dios, eres madre mía, y como soberana del plantel, lo sois del estudiante, te referí mis cuitas, y al depositar la primera de mis azucenas a tus piés, puse también bajo tu amparo, hermosa y pura, la flor de mi ilusión. ¡Quién pudo presumir que mi ilusión —como la azucena por el tiempo— había de marchitarse prematuramente por la fría lógica del cálculo....!

Si he rememorado mis dolores, natural es y permitirás que te contemple silencioso en el día de tu fiesta. Mas, porque no te canto, no

creas que soy indiferente a festejarte. Si no escuchas mi voz ahogada por el llanto, comprenderás al menos por las lágrimas que caen a tus pies, cómo la frente de tu hijo se halla ante Tí dichosa y humildemente abatida.

La madre del saboyano, cuando su hijo va a partir, en trabajosa peregrinación, para lejanas tierras, no le falta con el pan que matará sus hambres en las primeras jornadas del camino, y Tú, Reina de la Universidad, a este tu hijo, el abogado; o mejor, el saboyano de mañana, que en breve partirá para el viaje por el mundo y la lucha por la vida, no le niegues, Madre mía, el pan de la fortaleza.

C. Dávila Cordero.



SALUS INFIRMORUM.



Las alas bate el nuncio de la aurora,
rompe en gorjeos el caliente nido;
y mi pecho que férvido te adora
a Ti consagra su primer latido.

Esplende el arrebol de la mañana,
el bronce lanza al aire dulce acento;
y entonces, a Tí, dulce Soberana,
te enaltece febril mi pensamiento.

Si despiertan los astros y las flores,
el heraldo de luz si alegre canta;
en mi alma, altar de angustias y temores,
eres Tú la deidad que se levanta.

Cuando tiembla la gota de rocío
al recogerse en la gentil corola,
llenando de mi espíritu el vacío,
brilla tu Imagen majestuosa y sola.



Cuando el sol, desde la mitad del cielo,
manda torrentes de su lumbre pura,
en un incendio de feliz anhelo,
te saludo cual fuente de dulzura.

Vuelve a los bosques la paloma errante,
el vendaval las hojas desparrama;
y al rumor del arroyo sollozante
por Ti palpita el corazón que te ama.

¡Compasión, Madre, para tu hijo amante,
desfallecido en árido desierto:
en las tormentas de la lid gigante
Tú darás vida al corazón que ha muerto!



Entre los cortinajes de oro y rosa,
se aduerme el astro rey en Occidente;
y ^{su} ~~mi~~ postrer latido ¡Madre hermosa!
a ti dedica el corazón ferviente.

Por doquiera la sombra, ha muerto el día,
gimen las aves, el torrente llora;
y, en medio de la fúnebre elegía
te canta mi arpa, celestial Señora.

Cuando luce la estrella vespertina
y otra vez la campana arrulla al hombre;
viendo en mi corazón tu faz divina,
pronuncia el labio tu melifluo nombre.

Te llamo cual la flor busca al rocío
cuando Febo sus pétalos marchita;
te llamo, y en ardiente desvarío,
sólo por Ti mi corazón palpita.



La luna muestra la argentada frente,
como cristal donde tu amor destellas;
mientras tu nombre leo refulgente
escrito en el azul con las estrellas.

Cuando el sueño ha huido de mis ojos
y en lúgubre silencio duerme el mundo;
incinerando fúnebres despojos,
te consagro mi afecto sin segundo.

¡Compasión, Madre, para tu hijo amante,
desfallecido en árido desierto:
en las tormentas de la lid gigante
Tú darás vida al corazón que ha muerto!



Así como en la tarde, en la mañana,
así en la noche, como en pleno día,
eres de mis afectos soberana;
eres el ideal: la poesía.

Tuyo, del corazón cada latido,
en Ti del alma todo el pensamiento:
tuyo será el amor más encendido
hasta que exhale mi postrer aliento.



Siento en mi redor pasos de la muerte,
se extingue ya mi lánguida existencia:
Madre, no olvides mi futura suerte
cual nunca ahora imploro tu clemencia.

Al que a Tí viene, humilde y sin tardanza,
si quieres, torna su salud perdida:
Oh! madre de Dulzura y Esperanza,
eres también la fuente de la Vida.

Alberto María Andrade.

MANOJO DE ESPINAS.

¿Quién no vuelve sus ojos al cielo, cuando tiene el alma abatida?

En el dolor, instintivamente, eleva una plegaria el corazón, y el alma quiere desprenderse de la materia, ligadura pesada, para elevarse a las regiones suprasensibles, y comunicarse con los seres superiores: en sus grandes penas, el hombre creyente busca en Dios el consuelo.

Pero, la majestad del Dios Infinito le con turba, la criatura tiembla ante el Criador. Entonces le habla a esa otra criatura, entre todas privilegiada, que está tan cerca de Dios y tan cerca del hombre, María Santísima.

Por la Virgen María impetra el que valga la misericordia del Eterno; a Ella elevan sus plegarias los afligidos, porque Ella es su consuelo, CONSOLATRIX AFLICTORUM.

Oh Madre, soy del número de los que lloran, y por eso, con más derecho que en mis horas de dicha, a Ti acudo.

Entre la dulce melodía de los cantares que la juventud del aula, cultivadora de la gaya ciencia, te dedica, al par que los arpegios de sus trinos los jilguerillos que anidan en las frondas de tu jardín de la Universidad, en ésta que es fiesta tuya y de aquellos, de mi parte oirás apenas un sollozo del alma, y un manojito de espinas confundiré, si me permites, con los vistosos jarrones de flores que depositan a tus plantas quienes las han podido recoger en el campo de la vida: mi ofrenda es la de mi sufrimiento.

Pienso en mi orfandad, y fluyen las lágrimas a mis ojos, y mi corazón se estrecha; pero, de allí, de la tumba veneranda sobre la que lloro, una voz me dice: "Adora a Dios y su Providencia; no estás solo: ámale con más ternura, si es posible, a tu madre tan buena, en la tierra, y vuelve tu corazón a la Virgen María, a la que de niño te consagraste en el aula".

Oh! sí, Virgen Pura, ya que cayó una de las columnas de mi entristecido hogar, sostén Tú la otra, por muchos años, porque al rededor de ella nos congregamos naeve huérfanos, y abrazándola nos consolamos en nuestra impenetrable tribulación.

Cuando del alma están las fibras rotas,
del infortunio por un golpe rudo,
y sangra al corazón puñal agudo,
la lira tiene sólo tristes notas;

El espíritu vuela a las ignotas
regiones, y, en lenguaje tierno y mudo,

a Dios otrenda su dolor sañudo,
y de su llanto las amargas gotas.

Oye el Señor del triste la plegaria,
y la resignación, en la honda herida,
derrama, como bálsamo de vida.

De hinojos en la losa funeraria
que encierra, cruel, los restos de mi padre,
invoco a Dios y a Tí, Divina Madre.

Tarquino Martinez B.



OFRENDA. 127

Nevadas rosas de jardín florido
pensé que fueran mi primera ofrenda;
¡vana ilusión! en hora aciaga, horrenda,
deshízolas el viento enfurecido

Salí a los riscos de la esteril breña
si quier buscando sus marchitas flores:
muy pocas encontré, mas las mejores
las traje para Tí, de mi alma Dueña.

Pero, al llevarlas a tu altar, Señora,
moribundas, sedientas de rocío
bebieron el amargo llanto mío
y las mató el dolor que me devora.

Héme a tus pies; mi mano está vacía
pero eres buena, no te cause enojo,
pongo a tus plantas, cual sangriento abrojo,
mi pobre corazón, Virgen María.

Victor Coello H.

A la Virgen del Egido

Reina del Pueblo Cuencano,
al perfume de las flores
y al gemir de mis dolores,
torno al ara de tu amor.

Y a la luz de tus miradas
halla el corazón consuelo,
y calma para su duelo
todo el que siente dolor.

Cual abeja quejumbrosa,
vengo a Ti, ¡Madre adorada!
a dejar en tu morada
la sangre del corazón....

Y al áureo fulgor de Mayo
vengo a Ti, Madre, anhelante,
de ternura palpitante
mis estrofas a cantar.

Oye mi humilde plegaria,
Reina del Pueblo Cuencano,

astro de amor soberano
que brillas en mi dolor.

Y a tus plantas nunca falte
de las flores la ambrosía,
del ave la melodía
y de mi pecho la fé

Y hoy traigo a tu ara bendita,
fresco manojo de rosas,
las más nítidas y hermosas
que ha cultivado mi amor.

Acepta, Madre, mi ofrenda
como sencilla, inocente,
y la plegaria ferviente
que te eleva el corazón.

JOSÉ M. LOZANO S.



PRIVILEGIADA FLOR

El hombre, al elegir sus símbolos divinos, se ha mostrado siempre más reverente a los halagos de la belleza y gracia femenil, que a las influencias del poder y la grandeza masculinos. El paganismo, aunque en homenaje sensual, elevó con Venus la hermosura a sus altares; y, aún más, hizo de la seductora Juno la diosa de los dioses, temida por sus venganzas, en los pueblos todos.

El Catolicismo, religión que odia la deificación de los instintos humanos, en su necesidad de adaptación a nuestro espíritu, ha elevado también una mujer a sus altares; pero una mujer dechado de todas las virtudes y favorecida con todas las excelsitudes de la gracia: una criatura humilde y hermosa que, en pos de ser Madre del Gran Dios que vino a redimir la tierra, quiso hacerse madre de todos los hombres. Pero madre dulce; pero madre tierna: madre que sabe amar y que perdona; madre que llora por nosotros.

En la senectud del paganismo, reyes y pueblos, atraídos por la sublimidad del dogma ca-

tólico, esparcieron por la haz de la tierra grandiosas catedrales, monumentos o apartadas ermitas y retablos. Y disputaron a la avara naturaleza sus joyas más preciadas. Y, así, fueron a las plantas de la santa Madre de Dios junto con las gemas arrancadas al frío regazo del granito, las olorosas resinas de la selvas, las virginales flores de los campos. De ese primer arranque de ingenua devoción, han pasado, hasta hoy, algunos siglos. Y con ellos perecieron imperios, leyes, doctrinas y grandezas; pero, entre ese mar de escombros, cadáveres y ruinas, en todo ese confuso cataclismo de la Babel humana, que levanta dioses y los destruye, enciende soles y los apaga, sólo el nombre de la Madre de Dios ha sido respetado; porque se escuda en la imaculada belleza, y le ampara el encanto de la castidad.

Sólo a tí, María, no te han quitado el trono del altar. Sólo a tí, hoy como ayer, no te faltarán a las plantas nardos, ciclámenes y rosas, la frescura, el perfume y los colores; músicas, plegarias y almas que buscan fe y mendigan esperanzas; dolores que imploran consuelo; corazones enfermos de la locura del vivir y vírgenes que, como alabastrinas flores, llenas de fragancia, exhalan al pie de tus altares el aroma sutil de la inocencia; niños que te cantan; oraciones infantiles que, con la pura entonación de la mañana, inundan de armonías y dulzuras la apacible quietud de tu retiro virginal. ¡Bendito tu candor: dobléguese a tus plantas el soberbio espíritu del hombre!

Cornelio Crespo Vega.

A MARIA.

Para cantarte a tí, Reina y señora,
a mis versos juntar, ¡cómo quisiera
todas las galas de la ardiente esfera,
todo el fulgor y pompa seductora
de una sin par y eterna primavera!

Mas ay!, sólo me es dado cantar triste
con mi laud doliente e insonoro;
acallaré mis quejas y mi lloro,
a que te cante el alma, que en mí existe
su lira de marfil, con cuerdas de oro.

Y si no puede mi alma, Virgen pía,
mis anhelos seguir en tus loores,
en pedazos, amor de mis amores,
te daré el corazón, y ellos, María,
de mi ofrenda serán las pobres flores.

Luis A. Ordóñez Y.

LA MÚSICA DE MARÍA:

Podía ser este título la tesis de notables artículos de conocedores de la ciencia y el arte de la música.—Se ha escrito tanta música sagrada en honor de la Reina de los cielos, que el repertorio clásico de los coros, en las catedrales y las abadías, la para cada fiesta, en honor de la Virgen, una melodía, un canto o una *prosa*, en consonancia con la advocación que se conmemora o con el misterio que se recuerda.

Para nosotros, que apenas principiamos nuestra carrera en las artes y la pluma, huelgan esos temas magníficos, que seguramente los han tratado ya los escritores de la Virgen María.

La música, cuyos sencillos sonos, o cuyas estrofas familiares y caseras repercuten, más que en nuestro oído, en nuestro corazón, que las escuchamos desde que abrimos los ojos a la plácida luz de la fe, aquellas son que nunca dejan de repetirse despertando en el alma, cada vez, los mismos sentimientos, las mismas fruiciones cada vez.

Hay concientos que no cansan nunca, ruidos y murmullos que producen en el espíritu distintas inspiraciones: los conciertos de la alborada, el susurro del río, el rumor del viento, a pesar de su monotonía, parecen arpas eólias que hablan al corazón un lenguaje siempre antiguo y siempre nuevo. Así ocurre siempre con la cristiana música de la Virgen: sus *himnos*, sus *avemarias*, su *letanía*, su *salve*, sus *estrofas de Mayo*, sus *cantos de penitencia*, los *moteles* de sus fiestas y procesiones, empapados todos, si es lícito decirlo así, en ternísimos dejos de melancolía; constituyen la eterna música de nuestra piedad, que no la cambiaríamos con las más inspiradas concepciones de los grandes genios del arte. Sin duda, eso sucede por la consonancia que guardan los afectos con la música, y porque la fe y la piedad llevan siempre el sello de la naturaleza, de la índole de los pueblos.

No obstante el cambio que experimentan las costumbres, el fondo del carácter es estable, y el nuestro, llevado a la vaguedad de la melancolía, goza con la apacible tristeza de sus músicas; no solamente se goza, sino que también al pie de los altares de la Virgen, movidos los sentimientos y excitadas las santas pasiones de lo mejor, el alma cristiana se desprende del barro de la vida, y, en un vuelo hacia el infinito, se operan grandes mudanzas y retornos hacia el cielo, en los que el encanto de la música sagrada, como fuera un himno a la Virgen, ha tenido muchísima parte.

Así es el hombre: un rasgo de hermosura, un conjunto de notas musicales, cuántas veces son el móvil, si no la causa, de acciones que

deciden de la vida toda entera.

¡Bendita sea, pues, la dulce armonía que partió de nuestro pecho de niños hacia la Reina de todo lo tierno y todo lo hermoso! Al avanzar en la carrera de la existencia, en distintas ocasiones y circunstancias, vibran en nuestro corazón de adolescentes, aquellas notas de impecadero recuerdo, que las compararíamos, sencilla y genuinamente, a un arrullo maternal: parece que en esas suaves y familiares melodías, la misma Virgen cantara por vuestros labios! . . .

¡Benditos sean también esos olvidados autores de nuestras músicas a María, de quienes el nombre y el recuerdo han desaparecido, y sin embargo ha quedado su alma unificando y vivificando el alma de la piedad cuencana; esparciéndose, como levantada de ultra-tumba, la sagrada sombra de su genio, que no muere nunca y se esfuma de las trompetas majestuosas del órgano, de las delicadas lengüetas del armonium y más todavía de la arpada garganta de los niños, y del pecho varonil de todo un pueblo, que no se cansa de creer en Dios y alabar a su Santa Madre!

¡No muera nunca nuestra música de la Virgen!

JUAN JARAMILLO V.

A LA VIRGEN DE PAUCARBAMBA.

Tienda de amor te ofrecen las montañas,
mientras presides los floridos campos,
y, por tu amor, los cariñosos lampos
del astro tejen solio a las cabañas.

Riega ante Ti sus gérmenes fecundos
florida la campiña de maizales;
sus cetros de oro fúlgidos trigales
a tus plantas inclinan pudibundos.

El surco que abre humilde campesino
para arrancar el néctar de la vida
queda a la sombra de tu amor divino;

Y, en cambio, cuando rinde opimo fruto
la tierra a la fatiga; complacida
ves a tus aras primicial tributo.

ANTONIO BORRERO VEGA.



FINAL.

I

Cerraré vuestro libro de versos, hermoso búcaro de flores nuevas que ponéis cariñosos a las plantas de la Virgen del Colegio. No podía taltar esta ofrenda para Ella: nacisteis en la tierra de los retamales, donde es perfume el aire, primavera el campo, música el río y arpa el corazón; por eso sois poetas, y porque sois poetas de esta tierra de luz y colorido, espi-gáis en el campo de la lira lo mejor del fruto para la Reina de Mayo. Qué estalle en versos vuestro corazón, abriéndose a la juventud, bajo el fulgor amoroso de esa Estrella que llena de luz la vida!

Antes que paseen las inocentes horas de la felicidad del alma, cantad con la efímera placidez de las primeras notas: a vuestra edad el canto es luz, perfume, amanecer....; de tarde es sombra, adiós, gemido....

II

Cada tarde, en el patio de vuestra Universidad, en cuyo centro está La que os preside en las labores escolares, cada tarde, cuando pasa un hálito de tristeza por sobre el corazón y la vida, entre la húmeda fronda de esos jardines ¿no habéis visto cómo una bandada enloquecida de gorriones, salta, vuela y canta juguetera, como de fiesta, en torno de la Madre a quien señalasteis un puesto entre el verdor de ese arbolado? Cuán hermoso concierto que a la caída del sol, en despedida á la luz, entona la bandada juguetera!.. Así, vosotros, tenéis también un día de fiesta escolar: el último sábado de Mayo. En despedida a la Virgen, como los gorriones en despedida a la luz, os agrupáis en torno de Ella la postrer tarde de Mayo, entonando, inquietos y bulliciosos, los cantos del *adiós*.

“Lumbre de Mayo, risueña,
la montaña te escondió;
mientras de lejos te alcanzan
los acentos de mi adiós”.

Cantadle: en las nostalgias de la vida que os espera, asomará siempre como una estrella de paz, entre el confuso y dolorido recuerdo de lo que fué, la sombra de la Madre, cariñosa y llena de dulzura para las tormentas del corazón....

III

BUENAS TARDES!

La linfa que corre temblando y no vuelve,
la tarde que muere de pena del sol,
la fronda sombría que en niebla se envuelve,
de frío, a la falta de tibio arrebol;

La voz de la quena que pasa regando
nostalgia en las cumbres que apenas se ven,
el gemir del *Angelus* que se aleja blando
del viento en las alas, al tenue vaivén;

Que acaba tu fiesta, nos dicen, Señora,
por eso mi lira te canta en esta hora
de pena, de sombra, de Tí yendo en pos:
Madre, buenas tardes! la lumbre ya no arde,
nos junten otro año, de Mayo en tu tarde,
el canto, la lira, la quena, el adiós!....

J. R. BURBANO V.

